

RECENSIONES

PIERRE PARAF: *Le racisme dans le monde*. Payot. París, 1972. 266 pp.

Sobre el punto de partida de un anterior trabajo inicial, consagrado al mismo tema de los problemas racistas, como análisis completo de las consecuencias que en este sentido siguieron a la II Guerra Mundial, Pierre Paraf ha hecho el libro definitivo, puesto al día. No solo se procura renovar y ampliar los datos esenciales, sino definir las premisas de una cuestión que tiende a extenderse y ramificarse, más que irse encaminando hacia su desaparición. La oportunidad de la presentación total del racismo, considerado como un error psicológico o como una plaga internacional, se acentúa, recordando que, ahora, tanto la Organización de las Naciones Unidas como la Organización Internacional del Trabajo se esfuerzan en alzar contra las tendencias racistas las barreras de sus prohibiciones, tratando de utilizar tanto recursos políticos como económicos, sociales y morales. Pierre Paraf cree que por estos motivos el racismo (cualquier género de racismo) debe ser destacado y combatido por todos los medios. Aunque este propósito no excluya la objetividad en la enumeración de los hechos.

Sin olvidar comenzar con varias referencias a los diversos racismos «bárbaros» y despoticos que existieron desde la antigüedad (incluyendo fenómenos de fanatismos y colonialismos), el punto principal de partida de la obra de Pierre Paraf está en el antecedente de la elaboración de la teoría del racismo teórico, realizada a mediados del siglo XIX. Fue desde que el diplomático francés conde Arthur de Gobineau escribió (y dedicó al rey Jorge V, de Hannover) su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, con la curiosa conclusión final de considerar que el tipo humano superior lo daban los pueblos germánicos. Hasta entonces, la palabra «raza» se había empleado, a veces, en un sentido tragico-polémico para referirse al sino de ciertas familias históricamente ilustres. También se utilizaba, en sentido animal, para referirse a determinados subgrupos zoológicos. Gracias a Gobineau, la raza y el racismo recibieron una extraña consagración oficial, aplicada a la política de los pueblos o ciertos Estados. Y ya es muy sabido que, desde 1933, el apogeo de las teorías de Gobineau se alcanzó cuando Hitler publicó su libro-programa *Mein Kampf*.

La primera parte de *Le racisme dans le monde* desarrolla el tema de los orígenes del racismo, con sus doctrinarios y sus principales aplicaciones, así como un esquema de refutación antirracista y un ensayo de retrato comparado de un modelo de racista con otro de antirracista. La segunda parte está dedicada a la presentación del racismo en el mundo contemporáneo, con sus supervivencias, los aspectos que reviste, tanto bajo formas de opresión como de segregación) y las reacciones a que suele dar origen. Es decir, la voluntad de igualdad total en caso de asimilación o la voluntad de independencia ante la segregación.

En cuanto a los detalles de esta segunda parte, es de notar que los aspectos de los

RECENSIONES

racismos internos, en el seno de una nación o de un territorio dado, referentes a núcleos ajenos y minoritarios, están, en cierto modo, subordinados a aquellos en que los racismos locales influyen sobre las relaciones internacionales en general. Destacan entre los primeros ciertos residuos del nazismo, las actitudes antinegras en Norteamérica y la Unión Sudafricana y los racismos instintivos multiformes que se observan en Francia metropolitana. Entre las tendencias racistas que influyen directamente sobre lo internacional, el libro subraya las del mundo comunista, las de los países árabes e Israel, etc. Hay unos apartados sobre supervivencias de distinciones de castas y sobre discriminaciones relacionadas con conflictos nacionales, como los de Irlanda, Chipre, Pakistán, Quebec, etc.

Además de las divisiones por las clases de discriminaciones étnicas o por sectores geográficos mundiales, existe también la de las bases sociológicas de los prejuicios. Pierre Paraf recoge y comparte la clasificación en seis puntos hecha por Arnold Rose, profesor en Minnesota. Son los siguientes: primero, el de la ventaja personal, que es corriente entre los metropolitanos habitantes en territorios coloniales y ex coloniales, donde el racismo está puesto al servicio del predominio de unos grupos cerrados de funcionarios o de técnicos sueltos. Segundo punto es el de la ignorancia voluntaria de los otros núcleos humanos, lo mismo si procede del aislamiento social que de la falta de información exacta sobre ellos. Tercero, es de las tensiones que son a la vez nacionales-religiosas y culturales, como las que hay entre serbios y croatas, entre los turcos y los griegos chipriotas, entre los varios sectores de población en Palestina, etc. Cuarto, el de los motivos económicos. (especialmente destacados dentro de los Estados Unidos), entre los cuales figuran el temor de la competencia, la defensa de los intereses algodoneros en el Sur, la retención abusiva de reservas indias, etc. Quinto, el deseo de buscar una desviación artificial para distraer algunas tensiones provocadas por abusos internos en un Estado, y así torcer los odios, en perjuicio de un pueblo tomado como víctima propiciatoria. Por último, el sexto punto se refiere al «horror procedente de ciertos viejos instintos» que niegan todo valor a aquellas formas que no son las propias.

Un punto suelto, pero que no puede pasarse por alto, es el de los racismos, que no surgen por hostilidad preconcebida hacia ciertas colectividades de personas diferentes, sino que son reacciones originadas precisamente por el exceso de medidas que en algunos sitios se toman para proteger y favorecer a ciertos sectores étnicos que se creen perseguidos. Así, Pierre Paraf cita el caso de alguien que se sentía hostil a los judíos por creer que se les daban privilegios de favoritismo en las promociones de estudios y de empleos.

El sector más extenso, y a la vez más acuciante, dentro de lo internacional, referente no sólo al racismo discriminador activo, sino a las reacciones contrarracistas que pueden desencadenar los pueblos que se sienten injustamente tratados, es el de todo lo que el uso ha hecho incluir en el apodado «Tercer mundo». Dentro de él figuran sectores, como el de Africa negra, donde el despertar del sentido de la negritud tiene aquí o allá posibilidades de convertirse en xenofobia, cuando los complejos de depresión se convierten en odio. Este es el antirracismo de la descolonización, generalmente más tenaz y extenso que el anterior de la colonización.

Aquí obran, en primer lugar, los motivos más ampliamente económico-sociales, tanto en la referida Africa tropical como en enormes sectores asiáticos y hasta de América meridional. Con esto los problemas del racismo desembocan en otros más hondos y más urgentes, que son los de la división de las naciones actuales en un «mundo rico» y un «mundo pobre». Es evidente que la mayor parte de las naciones actuales que pueden incluirse en el segundo y mucho más numeroso sector (es decir, el de los pueblos subdesarrollados) son los que han pasado o casi están aún pasando por varias formas del colonialismo y el neocolonialismo, sobre todo respecto a la agravación de sus dependencias

RECENSIONES

respecto a las potencias del que se ha dado en llamar «mundo rico». En todo caso, el peso de los mayores Estados industriales sobre los que no lo son tiende a crear nuevos racismos hostiles, desde abajo hacia arriba.

Así, una de las principales consecuencias que Pierre Paraf trata de deducir del examen objetivo de las manifestaciones de los prejuicios de discriminaciones sobre la convivencia internacional es que si, por una parte, el racismo anterior tiende a disminuir bajo la acción de trabajos de la ONU (como la Convención Internacional que la Asamblea General aprobó en diciembre de 1965), en cambio surgen nuevas discriminaciones entre grupos sociales y pugnas profesionales o de generaciones que adoptan formas casi racistas.

Como contrapartida de ese sector de impresiones pesimistas, Pierre Paraf reconoce que en muchas naciones los viejos racismos de las oposiciones étnicas y religiosas están retrocediendo tanto por la acción ecuménica depuradora de las Iglesias como por el desarrollo de las estructuras de igualdades sociales y las actitudes más abiertas de las juventudes de intelectuales. Pero como al lado de los progresos realizados persisten las posibilidades de que el mal se renueve cambiando de procedimientos, Pierre Paraf considera necesario que el antirracismo no se conciba solamente como filantropía o como reparación, sino que constituya un principio legal básico, con validez para ser incluido en todo el sector y todo género de conexiones internacionales.

RODOLFO GIL BENUMEYA

ANDRÉ FONTAINE: *Historia de la guerra fría*: I. De la Revolución de Octubre a la guerra de Corea, 1917-1950. II. De la guerra de Corea a la crisis de las alianzas, 1950-1967. Luis de Caralt. Barcelona, 1970. 422 y 496 pp.

Estos dos volúmenes de *Historia de la Guerra Fría* fueron publicados en su original francés en 1965 y 1967, respectivamente. La traducción española no agrega nada, a pesar de los importantes y decisivos acontecimientos ocurridos entre 1967 y 1970. Pero esto no tiene mayor relevancia, puesto que el libro, en realidad, cubre hasta fines de 1963, con la muerte de Kennedy, conseguido ya el definitivo armisticio entre los dos colosos tras el traspies soviético en la crisis de Cuba el año anterior. El *Epilogo* recoge, en una docena de páginas, el período 1964-1967. Reactualizarlo o, simplemente sustituirlo por una especie de moraleja intemporal habría rematado perfectamente la obra en español sin necesidad de retocar nada.

Aunque hay un sinfín de estudios sobre la llamada «guerra fría», como fenómeno, existen escasos libros sobre su historia y escasísimos los que tienen un nivel adecuado de seriedad. La mayoría de los autores sitúa su comienzo entre 1944 y 1947; 1946 podría ser el año clave. Otros autores prefieren remontarse al estallido de la revolución bolchevique y no hay quien lo haga con el estallido de la... ¡guerra de Crimea!

André Fontaine se ha apuntado al año 1917, pero no nos dejemos engañar, pues el período 1917-1945 (hasta el fin de la II Guerra Mundial) cubre poco más de la mitad del primer volumen, mientras que los cinco años que siguen disponen del resto, y los siguientes catorce, el segundo volumen. Por eso podemos considerar el período 1917-1945 una amplia y magnífica introducción de lo que sigue, hasta el punto de ser imprescindible para comprender las causas profundas de lo que siguió con el final de la última conflagración mundial.

El libro no está destinado al especialista, sino al lector medio y a los estudiantes que se interesen por ese período tan conflictivo. Por otra parte, el libro, dispuesto cronoló-

gicamente, sólo pretende cubrir la guerra fría como tal, no la historia total del período, lo que no quiere decir que no eche mano de ella cuando su argumentación lo requiera. El estilo es narrativo. Los volúmenes pertenecen a un gran periodista que hace alto periodismo. Precisamente el segundo, o sea, desde la guerra coreana, coincide con el período que André Fontaine ha ocupado el puesto de jefe de los servicios de Información Extranjera en el prestigioso rotativo *Le Monde*, observatorio no oficial de primer rango. En su calidad de profesional ha tenido ocasión de entrevistarse con muchas de las personalidades claves de la gran política de los últimos veinte años. El aparato bibliográfico es suficiente para apoyar su razonamiento, con la ventaja, sobre la edición francesa, de las notas a pie de página y no al final del capítulo, que tan engorroso resulta.

Esta «tercera guerra mundial» que llama el autor a la «guerra fría» se ha apoyado, simultáneamente, en unas creencias ideológicas y en una política de poder. Por eso la confrontación fue entre colosos, las únicas superpotencias crecidas de la última guerra mundial. La alianza contra naturaleza que los nazis impusieron a USA y URSS en 1941 significaba un paralelismo a contrapelo de lo que supuso otro año concreto, 1917, año en que los americanos entraban en el conflicto europeo y que los rusos dieron el primer gran paso para transformarse en soviéticos. Ambos países se retiraron a sus respectivos quehaceres—por aislacionismo querido o por «cordón sanitario» impuesto—entre ambas guerras mundiales. Pero ya el siglo XIX tuvo sus momentos álgidos; pero si se apunta que 1823 fue el año de la intervención de la Santa Alianza en pro del borbonismo español, también lo fue el de la doctrina de Monroe como contramedida protectora del hemisferio americano. Pero no se puede olvidar que también es en el mismo siglo que Rusia vende Alaska a Estados Unidos y no a los ingleses, detentadores del Canadá.

Dentro de su nivel, el libro está inteligentemente hecho. Desde luego, se le podrán imputar aspectos tocados sin demasiada profundidad o darle ciertos giros a determinados aspectos, fruto de estudios más cautelosos de tipo monográfico. Sin embargo, otros puntos no pueden ser en modo alguno definitivos o siquiera muy aproximativos, como, por ejemplo, la problemática de la inicial intervención soviética en la guerra española, pues esto, en el mejor de los casos, no pasan de ser suposiciones mejor o peor fundamentadas.

El libro va acompañado de claros mapas que ilustran los teatros más discutidos del mundo. Igualmente se inserta una cronología de los hechos más importantes, así como una breve biografía de los personajes más relevantes del período tratado. El lector puede estar seguro de que hallará una valiosa y ordenada fuente de coherente información, que le hará asequibles los aspectos y desarrollos más vitales de la triste y realísticamente llamada «guerra fría». Una introducción más que suficiente para comprender los giros copernicanos en marcha desde hace unos meses en el panorama de las relaciones internacionales

TOMÁS MESTRE

Ucrania bajo la opresión rusa. Informes y documentos. Versión castellana de GABRIELA DE CIVINY. Título original inglés: Russian Oppression in Ukraine. Buenos Aires-Toronto, 1970. Instituto Informativo. Editorial Ucrania y Studium Research Institute. XXX + 526 pp.

Sí, Ucrania sigue siendo problema dentro de la URSS, sólo que el gran público hispanoamericano lo desconoce, en gran parte. No hablando ya de su historia y geografía.

Y no es solamente el caso de Ucrania, ya que lo mismo ocurre en relación con otros países y Estados del este y del centro de Europa.

Distintas son las razones, se afirma ya en el prólogo de esta edición, que han intervenido—o incluso siguen interviniendo—para que los entretalones de esa problemática viviente de nuestro siglo aparezca rodeada de un velo de misteriosa vaguedad e información sumamente imprecisa, y hasta tergiversada.

Continuamos: hay que reconocer que no son muchas las personas que estén al tanto de lo que, en realidad, es Ucrania, simplemente porque Ucrania no es un simple Estado de la Unión Soviética, aún menos una región o provincia. Desde el punto de vista histórico, ni mucho menos cultural o económico. Los ucranianos no son rusos, ni siquiera idiomáticamente, más bien antirrusos. No es por hostilidad hacia el pueblo ruso—o una especie de envidia, pudiera decirse vulgarmente—, sino más bien por su propia razón de ser que en el Occidente esta clase de problemática no se concibe, a veces por pura comodidad. La URSS suele ser presentada ante el público como «Rusia», de la misma manera que Checoslovaquia como «checo» o Yugoslavia como «Belgrado». No sorprende, por tanto, que las Cancillerías estén naufragando entre una y otra orilla, sea blanca o negra, amarilla o verde.

El caso de Ucrania es, en un principio, muy sencillo: a través de su historia, Ucrania tuvo que soportar constantemente, sin interrupción de ninguna clase, aunque los orígenes de las llamadas Rusias residan precisamente en Kiev, capital de Ucrania, agresiones, opresiones y explotaciones de parte de sus vecinos moscovitas. Hasta el absurdo límite de declarar los imperialistas de Leningrado y, luego, de Moscú de que el idioma ucraniano no era sino un dialecto del ruso.

Quien tiene el poder, manda. El poder correspondía a Moscú, y no a Kiev. Hecho curioso desde el punto de vista tanto político como diplomático. Moscú consiguió, precisamente en este terreno, desterrar ante el mundo la imagen del antiguo sistema político independiente de Ucrania—situación que, a pesar de la doctrina marxista-leninista, no desaparecería después de la victoria de los bolcheviques en la famosa Revolución de Octubre-Noviembre de 1917-1918—. Los nuevos amos del Kremlin prosiguieron la misma línea política que sus anteriores adversarios zaristas.

Prevalecería la ideología comunista, generalmente difundida como socialista, para engañar al mundo. En 1922 cayó la República democrática de Ucrania, incorporándola a la llamada URSS. En 1941, Ucrania intenta una vez más recuperar su independencia nacional y política aprovechando el caos desatado en la Unión Soviética por la guerra, sólo que a continuación vuelve el imperialismo ruso a instaurarse, otra vez, en las ricas tierras del país. Las potencias occidentales fueron los principales protagonistas en devolver Ucrania a la URSS mediante su contribución decisiva a la victoria sobre la Alemania nazi. Así son las cosas: un régimen que a través de su doctrina propugna la liberación de los pueblos es el primero en negarles dicha liberación e independencia. Basta recordar el caso de Polonia y Hungría, en 1956; el de Checoslovaquia, de 1968, o el de Alemania Oriental, en 1953. Los conflictos que actualmente azotan al régimen moscovita en Europa, Asia o incluso en América Latina no son una casualidad. El imperialismo ruso está encontrando lo que buscaba, sólo que esta vez contra sí mismo.

Tanto se habla de los medios de comunicación masiva; sin embargo, éstos no sirven para nada en cuanto a la situación de los pueblos, países y Estados oprimidos por la URSS en Europa y Asia. Ucrania es un país que, quiérase o no, forma parte integrante del Continente europeo, aunque su civilización, su cultura o sus costumbres no sean a gusto de los occidentales. No se aceptan las realidades, por esta razón Ucrania está fuera de Europa y dentro de la URSS. Genocidio, imperialismo de los zares tanto blancos como rojos, ésta es la realidad en Ucrania.

RECENSIONES

Resumiendo, digamos que, conforme a las intenciones informativo-documentarias, la presente publicación es uno de los más expresivos y elocuentes testimonios de lo que es y puede ser el imperialismo puramente ruso a escala mundial, a pesar de los bloques ideológicos, agrupaciones políticas y económicas o alianzas militares.

No solamente eso: la presente obra contiene una serie de fuentes que tienen un valor incalculable para los internacionalistas de un bando u otro. Por ejemplo: Informe de la Comisión Kersten al Congreso de los Estados Unidos, tratándose de un documento de suma importancia norteamericano; la postura ucraniana queda reflejada en otras fuentes —esta vez— patrióticas, respecto a la política de «nacionalidades» realizada en la práctica por las autoridades soviéticas en los años treinta; la problemática de la colectivización forzosa y el hambre de los coljosianos, a lo que se añade un extenso informe sobre las víctimas de entre intelectuales ucranianos del terror bolchevique. Como es de suponer, la religión es uno de los principales objetivos de la persecución comunista.

Los años de terror y muerte —1937-1938— constituyen otro episodio de avasallamiento soviético de los ucranianos, es precisamente cuando aparece en la escena política Nikita Sergueievich Jruschov. Siguen los crímenes de Vinitia; la exterminación de los prisioneros en 1941, llevada a cabo por el propio Jruschov, que luego Moscú justificaría acusando, pura y simplemente, a otros de sus propios crímenes. No, una sociedad de esta clase no es sana. Sin embargo, Jruschov aparecería más tarde como un «estadista y comunista sí bruto, pero en el fondo inofensivo».

Podríamos hablar —quizá en otra ocasión, en las páginas de esta REVISTA— de la explotación rusa de Ucrania. Es un capítulo muy interesante y cabría recogerlo con más detención. Que el pueblo ucraniano no se rinda, a pesar de todo, es porque dispone —todavía— de valores mucho más importantes a favor de la humanidad que los *slogans* de los comunistas soviéticos. Por ello, la lucha organizada de resistencia antirusa y antisoviética desde el primer momento. Finalmente, Ucrania recupera una vez más su independencia, pero sin éxito duradero, en 1941. Véase el documento correspondiente... Prosigue la lucha y termina en los campos de concentración, con las deportaciones hacia el norte siberiano, con nuevos exterminios, con nuevas víctimas...; en nombre de la humanidad, además.

Actualmente, la situación de Ucrania dentro de la URSS es bien conocida, aunque es preciso subrayar que en la mayoría de los casos es bien desconocida. Por tanto, las contradicciones no conducen a nada, no resuelven ningún problema ni del pasado ni del presente, aún menos del futuro. El imperialismo ruso-soviético no es un instrumento de juguete, sino de decisión, respecto a Europa, al Tercer Mundo y también en relación con Ucrania, sin referirnos al caso de los Países Bálticos, Eslovaquia o Croacia, concretamente.

En efecto, la presente obra es un grandioso testimonio de lo que no debería ser una sociedad en el siglo xx ni xxi. La existencia humana resulta ser excesivamente cara, por las vidas sacrificadas...

STEFAN GLEJDURA

HORACIO VENERONI: *Estados Unidos y las fuerzas armadas de América Latina*. Ediciones Periferia. Buenos Aires, 1971. 190 pp.

Estamos en presencia de un libro al que si bien no se le puede considerar de excepcional, sí tiene los suficientes valores para estimarlo de profundamente interesante. Su autor es un joven estudioso, profesor en la Universidad Tecnológica Nacional (Buenos

Aires), que, con anterioridad a la divulgación de las páginas objeto de nuestro comentario, ha publicado tres importantes libros: *Las garantías a las inversiones estadounidenses en el exterior* (1963), *La asistencia militar de los Estados Unidos* (1964) y *Fuerza Militar Interamericana* (1966). Estos precedentes, lógicamente, avalan la seriedad científica del nuevo título que le debemos.

No es menester insistir, cosa que saben muy bien los observadores de la política internacional contemporánea, en la rabiosa actualidad que entraña el tema estudiado por el profesor Horacio Veneroni, actualidad que alcanza su máximo grado entre los pueblos situados allende los mares (América Latina). El autor, por supuesto, tampoco desconoce la palpitante actualidad del tema objeto de su estudio, por eso, precisamente, desde las líneas iniciales de su obra se apresura a subrayar, entre otras muchas cosas, lo siguiente: «Al abordar el tema propuesto no se nos escapa la importancia que su tratamiento tiene en las actuales circunstancias que vive América Latina. La dependencia global que en la mayoría de los casos tiene respecto de los intereses estadounidenses está hoy —y lo estará mañana en mayor medida— amenazada por tendencias nacionalistas y liberadoras en aumento, que si bien tienen distintos signos y adoptan y proponen diversas vías o procedimientos, nos están indicando rumbos que en los próximos años se habrán de generalizar hacia un objetivo común de los países latinoamericanos: completar la independencia política —alcanzada hace ya siglo y medio tras victoriosas luchas armadas— con la independencia económica, cultural, científica, militar y tecnológica. Ese proceso de cambio profundo, revolucionario, al que estamos convocados y sobre el cual hay mayoritaria coincidencia en América, ofrece —como lo expresara hasta el mismo presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy— una única alternativa de realización: la vía pacífica o la vía violenta. Cuba debió transitar la de la violencia. Perú, Chile y Bolivia, hasta ahora, la pacífica. Tal elección, que no depende sólo de las fuerzas que quieren el cambio real, pues está condicionada al peso y unidad que ellas logren en la sociedad y a la medida de la oposición que encuentren, es el tema obligado hoy en América Latina.»

La primera cuestión que el autor de estas páginas aborda con cierto detenimiento es la referente a determinar la razón por la cual ha existido y todavía existe la política estadounidense de asistencia y ventas militares al exterior. La primera razón que el profesor Horacio Veneroni analiza es, por supuesto, la más convincente, a saber: la referente a detener, en lo posible, el avance del peligro «socialista». Consecuentemente, escribe, en apoyo de su política exterior de enfrentamiento al emergente «mundo socialista» liderado por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, al término de la II Guerra Mundial los Estados Unidos emprendieron una política militar en ayuda a varios países extranjeros, entre los cuales se contaron, al principio, sus ex aliados en el pasado conflicto: Gran Bretaña y Francia, y pocos años más tarde, las naciones que desde el punto de vista militar fueron estructurando e integrando la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Ya constituida la OTAN en el año 1949, los Estados Unidos promovieron una verdadera red de alianzas de naturaleza militar con cuarenta y tres países, la mayoría de ellos ubicados en la periferia del bloque de naciones socialistas, al que por entonces ya se había agregado China. Respecto a los países latinoamericanos, después de haber logrado en 1947, en Río de Janeiro, un acuerdo multilateral de carácter también militar —el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca—, fue suscribiendo, a partir del año 1952, pactos bilaterales de asistencia militar, cuyas características generales serán el fruto de diversas circunstancias.

Parece ser, y ésta es la opinión del autor de este libro —que para fundamentar su tesis se apoya en la recia personalidad de un prestigioso profesor universitario estadounidense (el profesor Rostow)—, que la asistencia militar se convirtió muy pronto en un ex-

RECENSIONES

celente negocio: justamente, señala el profesor Rostow, citado oportunamente por el profesor Horacio Veneroni, «era útil exportar como ayuda militar el equipo militar desusado; en todo caso, era más útil que desguazarlo. Esto permitió durante años una forma de contabilidad mágica—en la que el equipo se valoraba en diversos puntos al coste original y el coste depreciado—que proporcionó fondos suplementarios al Departamento de Defensa. Una proporción considerable de lo que aparecía en el presupuesto y en la política americana como ayuda militar al extranjero, fluía de hecho hacia la institución militar estadounidense».

Consecuentemente, afirma el profesor Horacio Veneroni, tal mecanismo le permitió y permite a los Estados Unidos el logro de importantes objetivos en los planos económicos y político-militares, pues al convertir en venta la entrega de armamento y equipos militares dados en préstamo o donación y al crear por ese medio necesidades—de los países receptores y compradores—en materia de repuestos, municiones, accesorios y asesoramiento técnico, puede liquidar producción ya obsoleta acumulada por su industria de guerra con motivo de los conflictos en que ha intervenido dicho país en las últimas tres décadas (*II Guerra Mundial, guerra de Corea y guerra del Vietnam*), y, por añadidura, dificultar—especialmente con argumentos de tipo económico—las posibilidades de creación y desarrollo de industrias nacionales bélicas en los países receptores y compradores. Por otra parte, desde el plano político-militar—considera el autor—, el procedimiento adoptado—tanto la entrega en préstamo o donación como las ventas posteriores—le aseguró la solidaridad política de una parte de las fuerzas armadas de aquellos países y la dependencia de las mismas en materia de equipamiento y entrenamiento posterior.

En otro de los apartados del libro, el profesor Horacio Veneroni analiza con fija atención la forma o modo en que los Estados Unidos efectúan la entrega del armamento y de los diversos equipos militares. Una vez—subraya—que el país receptor o comprador ha aceptado las condiciones pertinentes a la operación, si la entrega de armamento y equipos bélicos se hace como asistencia militar, hay dos formas distintas que, sin embargo, crean al país receptor la misma obligación: la de devolver lo recibido, si mediara requerimiento del Gobierno de los Estados Unidos. Tales formas, que pueden ser en préstamo o donación, llevan consigo la condición explícitamente convenida de que lo entregado será usado por el país receptor de acuerdo al destino que fija la ley de asistencia al exterior estadounidense. Si mediara incumplimiento en cuanto al destino, los Estados Unidos quedan facultados para solicitar la devolución de los elementos bélicos entregados.

La ayuda o asistencia militar puede consistir también en lo que podríamos considerar un simple asesoramiento técnico o misiones de entrenamiento. El entrenamiento—como uno de los medios de la asistencia militar (se nos indica en estas páginas)—lo prestan los Estados Unidos con cursos que brindan a militares extranjeros en ese país o en bases militares o zonas bajo su dependencia, o por instructores estadounidenses—militares o civiles—que se envían a los países receptores.

Otra modalidad de asistencia militar estadounidense radica, a tenor de cuanto en este libro se nos indica, en la denominada «acción cívica de las fuerzas armadas». Expresión que quiere significar algo parecido a lo siguiente: utilización de fuerzas militares indígenas para proyectos militares no tradicionales, proyectos que sean útiles a la población local en campos como la educación, las obras públicas, la sanidad y la agricultura, es decir, para cualquier cosa que tenga conexión con el progreso económico y social. Este tipo de acción cívica militar ha tenido algunos resultados impresionantes. En un reciente período de cuatro años, los programas de acción cívica con ayuda estadounidense

RECENSIONES

en todo el mundo llevaron a la construcción o reparación de más de diez mil millas de carreteras, un millar de escuelas y cientos de hospitales y clínicas.

En todo caso, lo más importante de esta «acción cívica de las fuerzas armadas» estriba, sin duda, en su poderoso efecto psicológico: «los planes de acción cívica demuestran a la población nativa que su Gobierno y fuerzas armadas están empeñadas y hacen algo por el bienestar del ciudadano medio, de lo que resulta una confianza creciente, tanto hacia el Gobierno como hacia las fuerzas armadas, que disminuye la vulnerabilidad de la población nativa hacia las lisonjas y amenazas de los agentes comunistas, comprometidos en el fomento de la insurrección, pues al reforzar la economía civil y elevar el nivel de vida de los países menos desarrollados cambiará la actitud del pueblo hacia las fuerzas armadas en América Latina».

No olvida el autor el tema de las bases e instalaciones militares que los Estados Unidos realizan en el exterior. Nos indica el profesor Horacio Veneroni que, en rigor, esta peculiar característica de la política militar estadounidense se remonta a tiempos más lejanos de la II Guerra Mundial. Si bien ya antes de la referida contienda los Estados Unidos habían establecido fuera de su territorio algunas bases militares—en América Latina, por ejemplo, en la zona del canal de Panamá, y en Guantánamo, Cuba—, fue durante esa guerra y luego de la misma que extendió a través del mundo, y especialmente en la periferia del denominado mundo socialista, una red de bases e instalaciones militares propias, las que, unidas a las levantadas por la Organización del Tratado del Atlántico Norte en Europa y Turquía y por otras organizaciones militares multilaterales en diversos lugares de Asia y África, constituyeron hasta la divulgación de los proyectiles balísticos intercontinentales un eficaz sistema defensivo y ofensivo al servicio de la política exterior y la seguridad de los Estados Unidos.

En todo caso, reconoce el autor, el tema de las bases ha perdido la popularidad y, en cierto modo, hasta la importancia que tuvieron en otra época, como consecuencia de los nuevos y sorprendentes avances que se han registrado en materia de armamento nuclear; lo que, consiguientemente, deja notar su impronta en la manera de concebir e instalar las nuevas posiciones estratégicas. En efecto, en la actualidad, el Consejo Nacional de Seguridad y los Departamentos de Estado y de Defensa de los Estados Unidos tienen en estudio la situación de las bases e instalaciones militares en el exterior, en especial para determinar sobre la necesidad de su permanencia frente al desarrollo de nuevas armas, los gastos que demandan para su mantenimiento y el creciente descontento que crean en algunos países donde se encuentran.

A nuestro parecer, y creemos que la mayor parte de los lectores de estas páginas coincidirán con nosotros, uno de los capítulos más sugestivos del libro que comentamos lo constituye el referente a la exposición de las condiciones generales de cómo se verifican los pactos o contratos de asistencia o ventas militares al exterior por los Estados Unidos. Existe una interesante condición que, siguiendo las propias palabras del autor de estas páginas, merece la pena repetir en toda su integridad: «Tanto para suministrar asistencia militar como para vender artículos o servicios de defensa al extranjero, los Estados Unidos tienen, establecidas—fundamentalmente en las leyes de asistencia al exterior y de ventas militares al exterior—diversas restricciones y condiciones que debe aceptar, cumplir y satisfacer el país receptor o comprador, el cual, en cada caso, tiene que asumir previamente su compromiso mediante la suscripción de un acuerdo, tratado o pacto internacional con aquel país. La condición fundamental, lógicamente, hace referencia al “beneficio del fortalecimiento de la seguridad de los Estados Unidos”.» Y, ciertamente, otra de las condiciones sustanciales es la referente a la obligación de devolver, a requerimiento de los Estados Unidos, los elementos suministrados como asistencia.

RECENSIONES

El profesor Horacio Veneroni nos recuerda, en otro de los apartados de su libro, las diferentes actitudes que los diversos presidentes de los Estados Unidos han tomado en relación con el tema de la ayuda militar. Las posiciones cambian y, en ocasiones, de manera radical—desde los que han anhelado ampliar los programas de ayuda o asistencia hasta los que fomentan una política de reducción—. En el fondo, y no constituye una aventura la exposición de esta afirmación, la generalidad de los políticos norteamericanos son opositos al programa de reducción. Así, por ejemplo, en torno a la doctrina de Nixon llovieron, y no hace mucho tiempo, las más agudas críticas ante sus deseos de reducción. Muchos de los políticos más prestigiosos, el caso de Laird, se apresuraron a declarar que «la política básica de la reducción del compromiso militar directo de los Estados Unidos, no puede tener éxito a menos que proveamos a nuestros amigos y aliados, tanto a través de la ayuda por préstamo o donación o por ventas a crédito, con la asistencia material necesaria para asegurar la contribución más efectiva posible del poderío humano que desean y son capaces de volcar en su propia defensa y en la común».

La parte central del libro, acaso la más trascendente, está dedicada al examen de las relaciones sociopolíticas que los Estados Unidos mantienen con los diversos pueblos integrados en América Latina. El profesor Horacio Veneroni se remonta, sin duda para desvelar de manera nítida la razón del porqué de la presencia continuada de los Estados Unidos en América Latina, al estudio de los más concretos precedentes de esas relaciones. Por consiguiente, escribe, a partir de la II Guerra Mundial, y luego de finalizada, como resultado de ella, las misiones militares europeas destacadas en la mayoría de los países latinoamericanos fueron desapareciendo y, en los casos en que no fue así, sus tareas se vieron notablemente restringidas, dado que a sus respectivas naciones les resultaba imposible cumplimentar eventuales pedidos de material bélico y entrenamiento. Para llenar ese vacío, los Estados Unidos que desde 1938 habían destacado algunas, a partir de 1951 tuvieron en todos los países del Continente misiones militares que habrían de desempeñar un importante papel luego de terminado el conflicto de 1945. En efecto, subraya el autor, ya en ese entonces en diversas reuniones interamericanas, realizadas generalmente a iniciativa de los Estados Unidos, sobre todo durante el lapso que duró el conflicto, se habían puesto las bases del concepto de la «solidaridad continental» que implicaba la respuesta conjunta de todos los países americanos ante un ataque armado que cualquiera de ellos sufriera proveniente de una potencia extracontinental. Paralelamente, la doctrina militar estadounidense—en apoyo de aquella concepción—señalaba que la amenaza de guerra o agresión armada a nuestro Continente tendría el mismo origen. Tal doctrina militar le permitía a los Estados Unidos, en el plano político, sustentar la necesidad de crear en América un sistema de «seguridad colectiva» fundado en la «solidaridad continental».

Es curioso seguir el hilo de la historia de las relaciones políticas de los Estados Unidos y de los pueblos de América Latina. Razones de economía de espacio nos impiden la cumplida referencia de cómo los propios norteamericanos han cedido terreno en su afán del proteccionismo continental, y cómo en estos momentos—a partir de 1969—el pueblo norteamericano ha girado sobre su propio eje de manera tan acusada como, por ejemplo, lo revelan las palabras del propio presidente Nixon: «Los Estados Unidos participarán de la defensa y desarrollo de los aliados y amigos, pero no pueden—y no lo harán—concebir todos los planes, planificar todos los programas, ejecutar todas las decisiones y emprender toda la defensa de las naciones libres del mundo.» Las razones del cambio de la política exterior de Norteamérica es obvia: «... nuestros amigos—ha subrayado Nixon—y aliados no pueden asumir las cada vez mayores responsabilidades que les solicitamos que asuman en su propia defensa, a menos que les ayudemos en

RECENSIONES

la adquisición de equipos y entrenamiento necesarios para fortalecer las capacidades de sus fuerzas armadas..., y veremos que sea la nación directamente amenazada la que asuma la responsabilidad primaria de proveer el potencial humano para su defensa... Los objetivos desafiantes de nuestra nueva política pueden ser mejor alcanzados cuando cada socio hace su parte y contribuye lo mejor que puede al esfuerzo común. En la mayoría de los casos, esto significa poderío humano nativo, organizado en fuerzas armadas adecuadamente equipadas y estructuradas con la ayuda material, entrenamiento, tecnología y especialidades, proporcionadas por los Estados Unidos a través del Programa de Asistencia Militar o de Ventas Militares al Exterior.

En definitiva, la posición del presidente Nixon referente al punto objeto del análisis del profesor Horacio Veneroni es perfectamente nítida. En efecto, «es esencial un papel más equilibrado y realista de los Estados Unidos en el mundo, si queremos mantener —considera el presidente Nixon— a la larga los compromisos adquiridos por nuestro país.» Y agrega luego: «Insistir en que otras naciones desempeñen una misión no es un abandono de responsabilidad; es compartir las responsabilidades. No es ésta una forma de que los Estados Unidos abandonen su misión indispensable en el mundo. Es una forma —la única forma— de que podamos cumplir nuestras responsabilidades.»

En la parte final del libro, el autor nos habla del hecho ya conocido de que, efectivamente, América Latina ha roto la dependencia del suministro bélico de los Estados Unidos. Las condiciones y restricciones impuestas—tanto para la ayuda militar como para las ventas de armas y equipos bélicos—por el Gobierno de los Estados Unidos, en vez de llevar a las fuerzas armadas latinoamericanas a su redefinido papel de guardianas del orden interno, está originando, en cambio, una reacción de contenido nacional que busca—como ocurre en el caso de las fuerzas armadas del Perú—no sólo ya independizarse de aquella dependencia y de otras sumisiones económicas, sino la identificación con las ahora impostergables necesidades nacionales populares, que están requiriendo—además de la defensa de la soberanía nacional—la industrialización acelerada, que el ahorro nacional sirva a la capitalización propia y no a la extranjera, el cambio en el régimen de tenencia de la tierra, la defensa del patrimonio nacional—tanto en sus aspectos materiales como espirituales—y una política exterior independiente. Si bien tales pautas no son generales en América Latina ni tienen la misma profundidad en los países donde han comenzado a exteriorizarse, tarde o temprano la necesidad de encontrar soluciones concretas a los crecientes problemas que generan el subdesarrollo y la dependencia obligará a integrar la independencia política con la económica como única vía para que cada país latinoamericano encare su desarrollo propio conforme a sus características nacionales.

En todo caso, pensamos, la tarea más importante que los pueblos de América Latina tienen que emprender no es, como muchos consideran, la de elevar su nivel potencial bélico, sino, por el contrario, trabajar en pos de su propio desarrollo económico. Al llegar a este punto, es menester reconocer la gran sinceridad que se respira en uno de los más célebres discursos de ese genio de la economía norteamericana que es McNamara, palabras con las que el profesor Horacio Veneroni cierra su libro: «En una sociedad que se moderniza, seguridad significa desarrollo. La seguridad no es la quincallería militar, aunque puede incluirla; la seguridad no es la fuerza militar, aunque puede incluirla; la seguridad no es la actividad militar tradicional, aunque puede abarcarla. La seguridad es desarrollo, y sin desarrollo no puede haber seguridad. Una nación en desarrollo que, de hecho, no se desarrolla, no puede permanecer segura, por la poderosísima razón de que sus propios ciudadanos no pueden desarrollar su

naturaleza humana. Si hay algo que la seguridad supone, es un mínimo de orden y estabilidad. Sin un desarrollo interno; al menos en mínimo grado, son imposibles el orden y la estabilidad. Son imposibles porque no es posible frustrar indefinidamente a la naturaleza humana. Esta reacciona porque tiene que hacerlo; eso es lo que no siempre entendemos, y lo que no siempre entienden los gobernantes de las naciones en proceso de modernización.»

Lo que hemos expuesto sobre la política exterior militar de los Estados Unidos hacia América Latina, subraya el autor de estas páginas, unido a la agravada situación que se vive dentro de la mayoría de los países latinoamericanos, consideramos que lleva a cada una de sus fuerzas armadas a una decisión—en una alternativa u opción—que está siendo inducida por la creciente marea de descontento que ya se expresa predominantemente por la violencia y que es producto de la falta o inadecuada o insuficiente solución de los diversos problemas políticos, económicos y sociales de cada nación, originados por el escaso desarrollo, el mantenimiento de estructuras caducas y la dependencia externa. Tal alternativa u opción, que comprende a las fuerzas armadas que ejercen directamente o no el poder político, está planteada en estos términos: dependencia o independencia. Si la decisión es por la dependencia, esto es, por seguir aceptando que sea la doctrina militar de los Estados Unidos la que indique quién es el enemigo, por qué aparece y cómo combatirlo; continuar admitiendo que el armamento y los equipos bélicos recibidos de ese país, ahora principalmente por compra, tengan un uso y destino condicionado por una ley estadounidense; persistir en un entrenamiento cuya finalidad es la de reprimir exclusivamente a sectores del propio pueblo y tolerar la asignación de misiones y el desempeño de papeles de guardianas y defensoras del orden establecido, que no entran en sus tradiciones, entonces esa decisión significará una politización parcializada que, al provenir de pautas elaboradas desde afuera y en función de intereses que no son los nacionales, sin duda repercutirá en las fuerzas armadas en dos formas:

1. Actuará como cuña entre dichas fuerzas armadas y la sociedad nacional a la que pertenecen, lo que finalizará por aislar al pueblo y otros sectores nacionales de quienes tienen por tradición y vocación la obligación de defenderlos y apoyarlos en sus posiciones nacionales.

2. Dividirá a las propias fuerzas armadas, vertical y horizontalmente.

Si, por el contrario—realiza el autor especial hincapié en esta idea—, la decisión es la de adoptar la vía de la independencia del exterior—lo que no debe entenderse por aislarse del mundo, sino asumir una posición fijada en función de los propios intereses nacionales—en actitud nacionalista y liberadora, ella conducirá a identificar a las fuerzas armadas con las necesidades y aspiraciones de sus pueblos, a afirmar la soberanía y autodeterminación y a emprender el verdadero desarrollo integral de la respectiva nación.

El libro del profesor Horacio Veneroni, apoyado en una eficaz documentación científica, arroja no poca luz sobre este tema, que en la actualidad ocupa un lugar privilegiado en la mente de la generalidad de los líderes de los países latinoamericanos, y, como se revela con todo detenimiento en estas páginas, es motivo de honda preocupación en el ámbito de la política exterior norteamericana. Recordamos, una vez más, que la más rigurosa objetividad preside el contenido doctrinal de este libro.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA